



E L D U E N D E V E R D E

LA ÚLTIMA FUNCIÓN DE IGNOTUS EL HIPNOTIZADOR

Lorena Moreno Pérez
Ilustración: Marina Pessarrodona



ANAYA

*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y
actividades que está a disposición del profesorado
en nuestra web.*

© Del texto: Lorena Moreno Pérez, 2018
© De las ilustraciones: Marina Pessarrodona, 2018
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2018
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, marzo 2018

Diseño: Taller Universo

ISBN: 978-84-698-3603-3

Depósito legal: M-199-2018

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas
por la Real Academia Española en la *Ortografía de
la lengua española*, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta
obra está protegido por la Ley, que establece penas
de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes
reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren
públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística
o científica, o su transformación, interpretación
o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio,
sin la preceptiva autorización.*



EL DUENDE VERDE

Lorena Moreno Pérez

LA ÚLTIMA
FUNCIÓN
DE IGNOTUS
EL HIPNOTIZADOR

Ilustración: Marina Pessarrodona

Q U E R I D O L E C T O R

Escribí esta historia porque necesitaba divertirme. Después de varios años de mucho estudiar y trabajar, de esfuerzos y obligaciones, cuando pude enfrentarme de nuevo tranquilamente a la página en blanco, me dije «este libro lo voy a disfrutar como una fiesta».

Mientras escribía, recordé cómo era a los ocho años. Recordé las alegrías, las discusiones o los problemas que teníamos mis amigos y yo. Algunos me parecían un drama enorme; otras veces, hacía una montaña de un grano de arena. Pero al final siempre se terminaban resolviendo. Recordé que podía estar horas interminables sin levantar la mirada de un libro, quizás

las mismas que otros chicos de mi edad pasaban pegados a la tele. Recordé cómo nos chinchábamos mi hermano pequeño y yo, y los veranos en la playa con mis abuelos...

Y al recordar todo esto, descubrí el verdadero secreto de Ignotus el Hipnotizador, por encima de los trucos de magia y los abracadabras: conservar la curiosidad, la ilusión y la bondad que nos inculcan de pequeños. Dejarse contagiar por ese niño interior que siempre llevaremos dentro, por muchos años que pasen. Y me alegro de poder compartirlo contigo.

Espero que disfrutes de este libro, que vivas mil aventuras y que hagas de ellas tu propia historia.

A handwritten signature in black ink, appearing to be the initials 'DP' or similar, written in a cursive style.

*Para mis abuelos, Rocío y Paco,
por todo el amor que me han dado siempre.*

1

ANTES DE que el abuelo Ignacio se mudara a casa de Nico, el gato vivía tranquilamente y no huía de habitación en habitación bufando como una estufa. Todos los platos sucios que dejaban en el fregadero al acostarse estaban limpios y en su sitio a la mañana siguiente. La vecina Clotilde no cacareaba. El elegante conserje no abordaba a los recién llegados en el rellano paraguas en mano para robarles la cartera. Y el chocolate que compraba Isabel, la madre de Nico, desaparecía todas las noches sin dejar rastro.

—¿Otra vez?! —la escuchaba gritar Nico por la mañana, sobresaltándose antes de que sonara el despertador—. ¿Pero qué misterio es este? ¡Nico! ¡Ven a explicarme ahora mismo por qué el chocolate que compré ayer ha desaparecido del frigorífico!

El niño se resistía un instante, pero finalmente se incorporaba de la cama a disgusto, frotándose las legañas y refunfuñando. Buscaba a tientas sus

gafas en la mesilla de noche y se enfrentaba a la realidad de su habitación desordenada, a un nuevo e interminable día de colegio, al enfado de su madre... y a su vergonzoso secreto.

—¡Oh, no! —se lamentaba llevándose una mano a la cabeza al palpar la empapada colcha, de la que emanaba un intenso y desagradable olor a orina.

Antes de que el abuelo se mudara a casa, también se despertaba mojado, con las piernas pringosas y oliendo mal todas las mañanas, algo francamente molesto cuando uno ya ha cumplido nueve años. Tanto como que le acusaran injustamente de comerse el chocolate a hurtadillas. Estaba deseando que Carlota alcanzara los estantes de la nevera y le salieran todos los dientes para poder echarle la culpa a ella.

Antes de que el abuelo se mudara a casa, su hermana pequeña pasaba la mayor parte del día berreando inconsolablemente. «Ojalá pudieran quitarle las pilas y que dejara de funcionar unos instantes, como hace mamá con el mando de la tele», pensaba Nico todas las noches cuando sus llantos le impedían conciliar el sueño. En ocasiones tenía la sensación de que la cabeza y los tímpanos iban a estallarle. El niño se preguntaba por qué los bebés no venían al mundo con un botón

de «apagado-encendido» o un manual de instrucciones. Años atrás había pedido a sus padres un hermano para jugar con él, pero cuando por fin llegó, no era lo que él había imaginado. Él quería un niño mayor, tan fuerte que pudiera levantar un elefante con un brazo, tan alto que pudiera pellizcar las estrellas, que le defendiera en las peleas y con el que pudiera dar patadas al balón de fútbol. En cambio, se encontró con una niña llorona que lo único que hacía era comer, gastar pañales y dormir. Y en un orden totalmente impredecible.

Cuando nació Carlota, Nico se acercaba constantemente a la cuna con una regla y la media para comprobar si había pegado un estirón durante la noche anterior, pero su hermana crecía a ritmo de caracol. Una vez vio un programa de jardinería y se le ocurrió plantar a Carlota en un tiesto lleno de abono, regarla y cantarle para que creciera cuanto antes. Lo único que consiguió fue una bronca monumental de su madre cuando descubrió a la niña enterrada en una maceta hasta la barriga y llevándose puñados de fertilizante a la boca. También se disgustó cuando, durante un momento en el que parecía imposible calmarla, Nico le sugirió devolverla a la tienda alegando que se la habían vendido defectuosa.

En realidad, su madre estaba tan agotada y desbordada que últimamente se enfadaba por los detalles más nimios.

—Bocadillo, archivador, los libros de Matemáticas y Lengua... ¿Y los deberes, Nico? —le preguntaba revisando su mochila mientras él desayunaba.

—¿No están ahí? —Fingía sorprenderse el niño abriendo al máximo sus ojos oscuros tras los cristales de las gafas—. ¡Qué raro! Preparé la mochila anoche y lo repasé todo para asegurarme de que no faltaba nada.

—No irás a decirme que se han escapado a recorrer mundo...

—Quizá se los haya zampado Zarpas... —replacaba Nico inocentemente.

—O quizá los hayas perdido en el lío de cómics y juguetes que reina en tu habitación. Parece una leonera más que un cuarto, hijo. Y, de hecho, huele peor.

—Ya he mirado y no están ahí, mamá.

—¿Estás seguro? ¿A que voy yo y los encuentro?

El abuelo no era el único con poderes mágicos en la familia. Nico y sus amigos sospechaban que a las madres, cuando se convertían en madres, las rozaba alguna suerte de varita mágica y adquirirían al instante superpoderes para aguarles las travesuras.

A veces adivinaban el futuro:



—¡Ponte el abrigo que te vas a resfriar!

Y ¡zas!, una semana en cama con fiebre jugando a ser un explorador que atravesaba montañas de pañuelos de papel.

—No dejes el plato tan cerca del borde de la mesa que se va a caer...

Y ¡zas!, aquella noche, Zarpas, el gato de la familia, cenó hamburguesas con pelusas y limpió a lametones el suelo manchado de ketchup.

—Ponte protector, que si no te vas a quemar.

Y ¡zas!, cuando Nico volvió del agua, parecía un cangrejo rebozado en arena.

Otro de los poderes era el de «ve a recoger tu cuarto, que parece una leonera». Cada vez que Nico la contradecía y se lo enseñaba para demostrarle que todo estaba limpio y en su sitio, encontraba su habitación desordenadísima, como si en aquellos escasos minutos de ausencia un huracán la hubiera arrasado.

El tercer poder era el del ojo en el cogote. El niño sospechaba que su madre se dejaba el pelo largo para que no lo descubriese, pero en cuanto se daba la vuelta, su melena debía dividirse en dos cortinas de cabello rubio y rizado entre las cuales ese ojo vigilaba el menor de sus movimientos. Cada vez que acompañaba a su madre a la peluquería, fingía leer su cómic, pero en realidad la

espiaba por si conseguía atisbar esa pupila acechante en la nuca de su madre o escuchar el aleteo de las pestañas por encima de los tris-tras de las tijeras del peluquero y los comentarios de las señoras sobre lo mono que era. Debía estar ahí, en alguna parte. Si no, no se explicaba cómo, cuando su madre lo castigaba sin ver la tele y él aprovechaba cuando se daba la vuelta para coger el mando del cajón, ella exclamaba «¡Nico, que te estoy viendo! Aléjate de ese cajón o te pillarás los dedos».

Y también esa premonición se cumplía, porque el cajón de la cocina donde escondía el mando era el de los cubiertos, y sus padres le habían colocado un cierre especial cuando Nico empezó a andar y a explorar todos los rincones de la casa para que no echara mano de los cuchillos fácilmente. Solo conseguía abrir una rendija, y al instante... ¡zas!, el cajón se cerraba aprisionándole los dedos. Al final, tras varios inventos, recuperaba el mando, pero conservaba a cambio una dolorosa marca rosada en las falanges.

Pero el poder más temible de su madre era el «a que voy yo y lo encuentro». Sobre todo cuando su objetivo eran los deberes que Nico no había podido hacer después de clase porque se había pasado la tarde anterior viendo su serie de dibujos anima-

dos favorita: *Metaman*, las aventuras de un robot con corazón humano inmerso en una eterna cruzada para salvar la Tierra del doctor Zabinni, el malvado mentalista de la Ciudad de las Máquinas, que pretendía dominar el mundo con su ejército de tritustadores.

El imponente robot negro, blanco y dorado era el ídolo del niño y de sus compañeros de clase. Tenía un repertorio de habilidades que le ayudaban en cada batalla, desde muñequeras lanzamisiles hasta coderas magnéticas con las que escalaba las paredes de los edificios. En una ocasión, Nico intentó imitarlo agarrándose a dos imanes de la nevera y escalando por la puerta, pero lo único que logró fueron varias caídas dolorosas para su orgullo y su trasero.

Por desgracia, Nico carecía de los poderes de *Metaman* para enfrentarse a los de su madre. No importaba dónde escondiera sus deberes: arrugados en el fondo de la mochila, en el cajón de arena del gato, debajo del colchón, dentro de la funda de la almohada o en el bote de mermelada. Su madre siempre los encontraba y resoplaba al fijarse en los ejercicios incompletos y en los que la señorita Candela le había devuelto el día anterior con un gran cero escrito con bolígrafo rojo. De nada servía en esos momentos que su profe-

sora, que era buena incluso cuando debía castigar a sus alumnos, hubiese dibujado también una carita sonriente con el mensaje «¡Ánimo, puedes mejorar!». El rostro de Isabel se tornaba tan rojo como ese cero, y sus mofletes se hinchaban tanto como los globos encarnados y brillantes que vendían en la entrada del parque de atracciones. Esos que al desinflarse suenan como si alguien se tirase una pedorreta o que explotan cuando los pinchan con una chincheta o les clava su aguijón un mosquito.

—Otra vez viendo la tele hasta tarde —adivinaba su madre sacudiendo la cabeza de un lado a otro—. Voy a vender ese maldito trasto. Lo único que hace es llenarte la cabeza de tonterías.

—¡No es verdad, mamá! La tele me enseña cosas más importantes que la escuela. Mira, si algún atracador se acerca a ti, puedo defenderte con mi patada voladora-giratoria «suela meta-letal». ¡Aaah!

Una vez, para dar más peso a sus palabras, Nico levantó la rodilla y describió un círculo con la pierna por encima de su hombro, con tan mala fortuna que terminó estrellándose estrepitosamente contra el florero de la entrada, que cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos.

—Muy bonito —comentó su madre con ojos relampagueantes y poniendo los brazos en jarras—.

Así que si la tele te sugiere que te tires por un puente, ¿también lo haces?

—¡Claro que no, mamá! —exclamó Nico, escandalizado—. Antes me pongo un casco y me ato una cuerda a la cintura. Lo he visto en la tele. Se llama *puenting*.

La bronca no tardó en lloverle encima como un aguacero que le dejó helado y con una sensación fría y viscosa recorriéndole el cuerpo, aunque pronto sus mejillas se encendieron de vergüenza haciéndole entrar de nuevo en calor. Isabel guardó el mando de la televisión en el cajón de los cubiertos y recogió apresuradamente los trozos de vidrio antes de que se cortara Carlota, que ya se había acercado gateando a curiosear, murmurando que un día iba a hacer huelga de madre y que entonces en aquella casa reinaría el caos y aprenderían a valorar lo que hacía por ellos.



EL DUENDE VERDE

El abuelo de Nico acaba de mudarse a su casa. Esto no parecería nada extraordinario, si no fuese porque el anciano es bastante particular, pues fue un célebre hipnotizador que trabajaba en un circo viajando a lo largo del ancho mundo. Y como no ha perdido facultades, usará sus conocimientos a su antojo; esto ocasionará más de un problema a Nico y su familia.

Edad recomendada
para este libro:
A partir de 10 años

ISBN 978-84-698-3603-3



9 788469 836033

www.anayainfantilyjuvenil.com

1571214

ANAYA